

CARTA VII.

EL FILOSOFO A TEODORO.

AMIGO querido: ve aquí cómo el padre continuó la conversacion del dia anterior. Vos decís que Apolonio hizo mas y mayores milagros que Jesucristo. Examinemos los que refiere su único historiador, y empecemos por su nacimiento. Su madre estando en cinta supo de Proteo, que se le apareció en figura de un dios marino, que él mismo naceria de ella, y al mismo instante vió cisnes, cuyo quaac nunciaba la gloria del illustre hijo que debia parir.

Filostrato refiere este cuento, bueno para arrullar los niños, sin otra autoridad ni prueba, sino que así lo decia su madre: era ella sin duda oráculo infalible... ¿Qué se dijera, señor, de los cristianos si no presentaran mas que fundamentos de esta especie? Considerad la diferencia de este nacimiento al de Jesús. Si decimos que los espíritus celestes le anunciaron, contamos un hecho que fué público y certificado por los mismos

pastores que lo oyeron y observaron; que en toda nuestra historia no hay un hecho que no tenga á la mano la prueba que le acredita, en lugar que Filostrato cuenta una cosa tan extraordinaria sin citar autor ni producir testigo. En esta ocasion ni siquiera tiene á su favor á Dámis, pues este no dice una palabra. ¿Cómo, pues, es posible comparar el nacimiento de Jesús con el de Apolonio?

Filostrato dice que Apolonio á su vuelta de Indias curaba todas las enfermedades. Yo desconfío desde luego de todas estas aserciones indeterminadas y vagas, y despues le preguntaré: ¿De dónde lo sabe? ¿quién se lo ha dicho? ¿qué autor? ¿qué testigo cita para justificarlo, si las curas son tantas? Si debe haber tantos testigos, ¿por qué no las refiere? ¿Cómo el universo las ha ignorado tanto tiempo? Pero aun cuando muchas fueran ciertas, ¿por qué no podrán ser naturales? ¿No hay un arte, una ciencia médica, un conocimiento y experiencia de remedios que pueden contribuir al recobro de la salud? ¿Apolonio en sus muchos viajes no pudo aprender secretos útiles y curiosos? En su larga reclusion en el templo de Esculapio de Exes, ¿no pudo instruirse en los medicamentos de que se servian los sacerdotes de aquel ídolo para curar la tropa de enfermos que conducia allí la supersticion?

Para probar que estas curas eran milagrosas,

era preciso que nos indicase las enfermedades, probando que eran incurables, y que sin aplicacion de medicina ni otro medio que el de su palabra, las habia curado súbitamente. Y esto es lo que han hecho los discípulos de Jesus, y esto es lo que ni los judíos ni los gentiles han podido negar. Eso es verdad, dije yo; pero no podréis negar que el hombre que resucita un muerto anuncia realmente un carácter de divinidad y un poder sobrenatural que quita toda duda: y esto es lo que hizo Apolonio, sin que pueda quedar réplica, pues se asegura que el hecho fué público, y que Roma entera lo vió con sus ojos. A lo ménos en cuanto á este milagro me confesaréis que la comparacion es exacta.

Sí, respondió el padre, si estuviera probado; pero examinad la historia, que no tiene otro fiador que Filostrato, y lo que es mas, que ni él mismo lo asegura, y si quereis, consiento en que tomemos por juez al mismo Filostrato. Dice que Apolonio resucitó á una doncella que era hija de una casa consular; pero observad el modo y la variedad con que cuenta las circunstancias, y veréis que él mismo no lo creia.

Empieza por la admiracion y por levantar hasta las nubes el milagro, pero poco á poco muda de estilo y le disminuye. Al principio le llama sin titubear resurreccion; pero despues baja el tono, y como embarazado y vacilando se desmien-

te, y dice que no es mas que una especie de resurreccion. Explica que la doncella romana no estaba muerta, sino que le parecia: *obiisse videbatur*, dando á entender que una indisposicion la habia suspendido los actos y las señales de vida, y que Apolonio se aprovechó del feliz acaso de esta circunstancia.

Esto se acredita con evidencia por sus mismas palabras: *Puellam excitavit ex hac morte, qua videbatur obiisse*; y aun parece mas claro por las últimas con que concluye preguntando: ¿Quedaba todavía en aquella masa fria y aletargada alguna centella y algun principio del sentimiento que estaba entorpecido, ó Apolonio volvió á animar espíritus que ya estaban helados? No lo sé ni lo comprendo, como no lo pudieron comprender los mismos que lo vieron.

A vista de estas literales palabras, yo os dejo juzgar, señor, ¿si Filostrato creia verdaderamente este milagro? ¿Si estas dudas, si estas expresiones vacilantes y tímidas son propias de un hombre que está del todo persuadido? Es verdad que al principio dice redondamente que la doncella estaba muerta, porque esto era necesario para engrandecer la gloria de su héroe; pero poco despues, ó por un resto de pudor, ó por el temor justo de que se burlasen de su credulidad, empieza á titubear, quiere explicar el prodigio, y explicándole le destruye.

¿Qué diferencia de esta resurreccion única contada por un solo autor, y tan mal contada, á tantas resurrecciones asombrosas de que la historia evangélica conserva la memoria! La hija de Jairo tenia ya preparada la pompa fúnebre; el hijo de la viuda de Naim ya iba conducido á la sepultura de sus padres: ninguna centella de vida les quedaba, y con todo Jesus sin hacer otra cosa que tomar la mano á la una y hablar al otro, los restituye de repente á la vida y á la salud. Lazaro estaba ya enterrado despues de cuatro días; no solo estaba muerto, sino corrompido: Jesus le llama, y sale inmediatamente del sepulcro embarazado con las ligaduras de su mortaja; un gran pueblo es testigo del milagro, que confiesan hasta nuestros enemigos; pues fué una de las causas por que apresuraron su muerte.

Ve aquí resurrecciones ciertas, patentes y milagrosas; y si la de Apolonio no fuera fabulosa, hubiera pasado hasta nosotros con el mismo carácter de seguridad: pues como observa Eusebio, suponiéndose este milagro en Roma, la primera ciudad del mundo, el emperador no podia ignorarle, los grandes, los filósofos y el pueblo debian saberle, todos le hubieran admirado, y hubiera pasado por muchas bocas á la posteridad.

Un hombre que hubiera dado tan alto testimonio de divino, no hubiera sido tenido por los mismos paganos por un magico infame; y sabemos

que esto era su reputacion entre los filósofos mas instruidos. Plinio el menor nos dice que su amigo Eufrate, á quien celebra y elogia sobremedera, le tenia por tal. Confieso que me cuesta rubor responder seriamente á fábulas tan despreciables.

Pero, padre, le volví á decir, ¿no es verdad que Apolonio tuvo un grande número de discípulos y partidarios que le seguian, y que todos los pueblos por donde pasaba le miraban con un respeto que se acercaba á la adoracion? Si esto es cierto, me parece por un lado que es injusto tratarle con tanto desprecio; pues sin un mérito extraordinario no se obtiene tanto aplauso; y por otra parte veo que los discípulos y el séquito de Jesucristo no prueban nada, pues un impostor tambien los ha tenido.

Señor, me respondió, nada de eso es verdad. Nosotros no conocemos á Apolonio sino por Filostrato: ¿y qué es lo que este dice? Que en Antioquia y Efeso no se le conocieron mas que seis ó siete discípulos, y que no todos le fueron fieles; que todos le abandonaron cuando les propuso ir con él á las Indias á buscar los Bracones; que partió solo de Antioquia, y que despues solo se le agregó Dámis, á quien encontró en el camino por acaso.

Añade, que cuando desde Egipto se propuso penetrar en Etiopia, todos los suyos le abandona-

ron, prefiriendo el reposo y quietud de Alejandria á los incesantes viajes de un maestro tan inquieto y vagabundo. No se concibe cómo, cuando no hay otras memorias que las de este hombre, se le haya podido dar una estimacion que desmiente su propia historia. Por otra parte, cuando hubiera tenido muchos sectarios y discipulos, ¿cómo es posible compararlos con los de Jesucristo? Estos no solo mientras vivió no se separaron nunca de su Maestro, sino que despues de su muerte sufrieron los mayores suplicios por su gloria, y lo que es mas y único, le formaron otros discípulos nuevos en todo el mundo; en vez de que los de Apolonio eran una tropa de ociosos que le seguian por curiosidad, que no se ocupaban en extender ni su moral ni sus dogmas, y que se disiparon y desaparecieron al instante que murió.

Con todo, repliqué, se dice que en muchos reinos y ciudades se le erigieron estatuas, y aun se le consagraron altares y templos; esto supone mucha veneracion. Lo que supone es, respondió el padre, que se ha podido alucinar á pueblos ignorantes y supersticiosos. Esto nunca ha sido difícil: ved si la credulidad de los pueblos groseros os parece garante suficiente para obligaros á respetar lo que respetan ellos.

Pero se dice, volví á replicar, que predijo muchas veces lo venidero, y esto no es posible ha-

cerlo sin la asistencia del cielo. Es verdad, respondió el padre, pero para que lo creyéramos no basta que se nos diga vagamente; era menester que se nos individualizasen las profecias, y que se nos cerrase la boca con los sucesos que las verificasen. Si esto os basta, le dije de nuevo, Filostrato refiere que Vespasiano, habiendo consultado á Apolonio, se quedó admirado de los secretos que le reveló; que Apolonio convenció á un incestuoso descubriendo su delito y circunstancias, que ningun indicio ni testigo le podian descubrir; y en fin, que predijo á Nerva el imperio que obtuvo poco despues: si estos hechos son ciertos, me parece que deben contentaros.

Quando fueran ciertos, señor, respondió el padre, me parece que seria ridículo llamarlos predicciones. Es posible que Vespasiano consultase á Apolonio, pues es cierto que se encontraron en el alto Egipto el año de 69; pero quando fuera verdad que le aconsejase guardar el imperio que Dion y Eufrate le aconsejaban abandonar despues de la derrota del imperio, para restablecer la república, ¿este consejo de confianza y política se puede llamar profecía? Quando Apolonio hubiera descubierto los secretos y horrores odiosos de Menipo, ¿estoy obligado á creer que fué por una luz sobrenatural? y no pudo saberlos por un acaso ó un aviso? ¿quién ignora que la suerte de

los delitos es, que al fin se les quite la máscara con que se cubren?

Cuando hubiera predicho á Nerva el imperio, una adulación tan comun y tan vil, pues excitaba un vasallo á la rebelion, ¿me le hará venerar como profeta? Lo que me excita es desprecio y horror; pero Apolonio no era delicado sobre la fidelidad que se debe al príncipe, pues ya habia amotinado una parte de España contra Nerón; y es burlarse de la credulidad humana el dar á estos hechos nombre de profecías. Vos rebajais mucho, padre, le dije yo, á un hombre que toda la antigüedad veneró como divino. Yo no le he pintado, señor, me respondió, sino con los colores de la historia; y si pudo engañar una parte del pueblo, los hombres sabios de todos los tiempos lo han figurado como yo. Eufrate, tan conocido por los elogios de Epicteto y de Plinio el menor; Eusebio, S. Agustin, S. Crisóstomo, Foetio y Suidas han dicho lo mismo; y en nuestros tiempos Scaligero, Vosio, Luis Vives, Casaubon, Huet, Tillemon, Dupin con otros muchos le tratan de impostor, y á sus prodigios de ilusiones y engaños. Me parece que esta autoridad pesa mas que la de Filostrato, cuyos escritos manifiestan mas vanidad que juicio, mas ostentacion que amor á la verdad, y que á cada paso se contradice.

Peró dejando aparte los autores; yo os inter-

pelo á vos mismo: ¿Qué juicio podeis hacer de un hombre que se jactaba de entender el lenguaje de los pájaros? Nadie le podia desmentir, y todos podian decir lo mismo. No obstante, este hombre que entendia los pájaros no entendia á los hombres, pues en las Indias tuvo necesidad de intérprete. Este hombre está lleno de una vanidad tan insensata, que habiéndole mostrado un retrato del rey de los Partos para que se inclinara segun costumbre, respondió sin hacerlo: El que vosotros adorais será muy dichoso si merece que yo le estime.

El mismo se apellidaba el mas sabio de los hombres, y dijo á Demetrio el Cínico con una osadía sin ejemplo, que sabia todo lo que se podia saber. La arrogancia no puede ser mayor; y con todo, este hombre que sabia tanto, ni entonces dió pruebas de tanto saber, ni nos ha dejado el menor monumento de su grande ciencia; y ya podeis inferir que no ha sido por modestia,

Su doctrina ó no es conocida, ó no tenia ninguna: lo único que sabemos es, que creia en la metempsicosis ó transmigracion pitagórica, y que pretendió en Egipto que se debía adorar al leon, porque el alma del rey Amasis habia entrado en uno: esto solo basta para dar una idea de su ignorancia absurda. Por otra parte esta veneracion pública no es tan general como se supone; pues es constante que en el cuarto siglo no solo

no tenia templo ni altar, pero hasta su nombre estaba olvidado. Eusebio, que escribia en aquel tiempo, desafia á que se le indique el menor vestigio ó señal de su memoria. ¿Y un hombre de esta especie se quiere comparar á Jesucristo? ¿y se pretende confundir la supersticion pasagera y abolida de un culto grosero con la fecundidad del Evangelio, cada dia aumentada, y siempre subsistente?

A esto le dije yo: Confieso, padre, que tenéis razon: yo que no creo la posibilidad de los milagros, no podia creer los de Apolonio; y si os he hablado de ellos y de todo lo extraordinario que se cuenta de él, no es porque esté persuadido, sino para haceros ver, que si la antigüedad le ha creído un dios, tambien los cristianos lo pueden con el mismo error creer de Jesucristo; que si los milagros y demas hechos de Apolonio son falsos, tambien los de Jesucristo pueden serlo.

Esta era mi intencion; pero vos me habeis desengañado. Desmenuzando la historia, me habeis hecho conocer la diferencia del uno al otro, y confieso que no deben entrar en paralelo; pero esto no basta para resolver todas las dificultades, si volvemos á entrar en el fondo de la cuestion: y ve aquí como discurro. Os pido ántes toda vuestra atencion, porque me parece que no es fácil responder bien al racionio que voy á proponeros.

Desde luego no hablo mas de Apolonio, y confieso que merece desprecio: confieso tambien que la historia del Evangelio está apoyada en fundamentos mas sólidos; y para hacer mejor mi causa quiero confesaros que tiene á su favor todas las reglas de la sana critica, y que trae consigo todo el carácter que la razon puede exigir de la verdad; confesaré tambien si quereis, que es tan auténtica como los anales profanos que se tienen como mas auténticos; y que la historia de los siglos no tiene hechos mas ciertos, mas seguros y mas probados que los del Evangelio: me parece que no podeis pedir mas de mí.

Pues bien, padre, yo que quiero confesaros todo esto, para que veáis cuán mala es vuestra causa á pesar de tanta condescendencia, digo: que aunque á las pruebas que os confieso añadiréis millares de otras mas fuertes, yo no pudiera creer en aquel libro.... Os espantais, pero tened paciencia, porque mi razon es clara y simple: es porque aquel libro contiene dogmas injustos, bárbaros, absurdos y contradictorios con que se amolina mi juicio y se desespera mi razon.

Yo desafio al cristiano mas sumiso, y á vos mismo, padre, que os veréis obligado á confesarme que el símbolo de vuestra ercencia es un abismo insondable. ¿Quién que tenga la debida idea de Dios puede sin alterarse escuchar aquel dogma de que se castigue en toda su posteridad el deli-

to de un hombre solo? ¿quién puede creer que un Dios padece y muera? ¿quién es capaz de entender cómo el Verbo fué eternamente engendrado por el Padre? ¿y qué cosa es el Espíritu Santo, que procede de ambos? ¿y en fin, esta unidad de naturaleza indivisible en tres personas? Estos no son discursos, sino algarabías; con este agregado de palabras tan inexplicables como visiblemente contradictorias se puede alucinar á los espíritus simples y crédulos, y conducirlos á todos los extremos de la demencia. Y esto no es mas que una parte de vuestro simbolo: ¿á dónde no pudiera llegar si le corriera todo?

Pero esto sobra para demostrar que todas las pruebas humanas que se pudieran alegar en favor del Evangelio, no serian bastantes para persuadir su verdad por un principio de eterna evidencia; y es que todas esas pruebas no bastan á contrapesar, y ménos á superar la palpable contradiceion que contienen los misterios.

Todos los hombres que no tienen el juicio pervertido, conocen que en cualquier caso de duda se debe preferir lo que es mas claro y evidente á lo que es ménos; y que su razon no debe ceder sino al mayor grado de evidencia, que sin esta luz no puede estar seguro de nada, y se expone á todos los errores: este principio es tan innato como universal. Vos no me le podeis negar, y supuesta su certeza, ve aquí lo que os digo: Es

infinitamente mas evidente que los dogmas cristianos son falsos, que pueden ser evidentes las pruebas que se alegan para probarnos su verdad: tampoco me podeis negar esto. Consultad todos los cristianos mas sumisos, consultaos á vos mismo, y no podréis dejar de confesarme, que veis claramente que es mas imposible, por ejemplo, que un Dios muera, que no que Lázaro haya resucitado.

Siendo así, vos añadiréis á la certidumbre histórica de ese milagro tantas y tan evidentes pruebas como quisiéreis; yo os diré siempre, que sea lo que fuere de Lázaro, yo no puedo creer la muerte de un Dios: que tantos testimonios me hacen mucha fuerza en favor de lo primero, pero que me la hacen incomparablemente mayor mis propias luces, manifestándome la imposibilidad del dogma; que las pruebas no me dan mas que una certidumbre moral, pero que la obscuridad de los misterios me presenta una repugnancia intrinseca; que si me apurais mucho, padre, dudaré de las pruebas á pesar de toda su fuerza y su número, pero que jamas me será posible dudar de mi propia conviccion.

Y podré añadir, que para asegurarme de las pruebas necesito subir hasta su origen, hasta el nacimiento de la tradicion; seguirla, examinar el interes y el carácter de los autores, las circunstancias siempre inciertas y oscuras de los

tiempos, lugares y costumbres; que tambien me es necesario discernir lo verdadero de lo falso, lo que es auténtico de lo que es popular, pesar la autoridad del que afirma contra el que niega, y hacerme juez en materias difíciles y obscuras, poniendo aparte la influencia de mi educacion, y precaviéndome de toda seduccion: todo esto es muy difícil, y no hay hombre por instruido que sea que pueda lisonjearse de superar tantas dificultades.

Pero en cuanto á reconocer la contradiccion y la repugnancia de los misterios no es menester nada de esto. Sin ningun esfuerzo ni estudio su razon basta para hacerle ver desde luego la incompatibilidad de sus nociones; y á la primera vista ve lo que no puede dejar de ver. En fin, cuando quiere cautivarse y creer, conoce que confunde todas sus ideas, que trastorna todos los principios naturales, y que abandonando la evidencia, que es el carácter de la verdad, se entrega á todos los absurdos mas repugnantes y contradictorios; y de aquí infero que léjos de que pueda haber pruebas que convenzan la verdad del Evangelio, sus dogmas solos bastan para no poder admitir ninguna de ellas.

El padre me respondió: Yo conozco, señor, toda la fuerza de vuestras reflexiones; pero me parece que mirándolas á buena luz, no es difícil convencerlos. Los misterios del Evangelio os pa-

recen tan absurdos, que todas las pruebas mas evidentes de milagros ciertos y notorios no os pudieran persuadir su verdad.

Este raciocinio se parece un poco al del orgulloso Rousseau en su libro del Emilio. En él trata de Jesucristo, admira sus virtudes, se asombra de su doctrina, no comprende cómo un simple judío en medio de una nacion tan ignorante y supersticiosa, pudiese descubrir y predicar tantas verdades, tan nuevas y tan elevadas; asegura que solo en su primer sermón de las Bienaventuranzas dijo mas verdades recónditas y sublimes, que cuantas han dicho los filósofos de todos los siglos; y no puede atribuir sino á una fuerza sobrenatural y divina haber hecho brillar tanta luz en medio de tanta obscuridad.

Despues compara á Jesucristo con Sócrates, y él mismo se avergüenza del paralelo. Examinando las circunstancias de ambos, concluye diciendo: Que si la vida y la muerte del Hijo de Sofonisba son de un sabio, la vida y la muerte del Hijo de María son de un Dios. Parece que despues de esta conclusion no queda mas que renadirse y decir: Si Jesucristo es Dios, es menester adorarle y creer cuanto nos dice en su Evangelio; pero este filósofo no lo hace así; al contrario, termina su discurso diciendo: Esto es verdad, ¿pero cuántos absurdos hay en el Evangelio? y no le encuentra digno de su respeto y creencia.

Ve aquí, pues, un ejemplo práctico de lo que decís: Rousseau había llegado á convencerse por las acciones, los milagros, la doctrina, la vida y la muerte de Jesucristo, que era Dios, y con todo no créé lo que ha dicho, ni tiene la religion cristiana por necesaria é indispensable, porque le parece que en el Evangelio hay muchos absurdos. Pero no se hubiera podido decir á este sofista muy elocuente, pero tambien inconsecuente y paradójico: ¿cómo, mortal miserable, tú reconoces que Jesucristo es tu Dios, tú te ves forzado á reconocerlo por las pruebas que lo acreditan, tú no dudas que el Evangelio es obra suya, que lo que contiene es su doctrina, y tú la desprecias, no la veneras ni la obedeces porque te parece que hay en ella absurdos?

¿Y quién eres tú para juzgar á tu Dios? ¿Cómo, cuando tu Dios habla, te atreves tú no solo á dudar, sino á contradecir? ¿Cómo osas calificar de absurdo lo que confiesas que es divino? ¿Y por qué te parece absurdo? ¿Quién es quien decide? Tu débil razon, que ha caído en tantos errores, que te ha precipitado en tantos extravíos. Tú que sabes que te has engañado tantas veces y en tantas cosas, ¿cómo no piensas que puedes engañarte en esta? ¿Cómo no imaginas que lo que te parece absurdo puede sobrepasar tu limitada comprensión? ¿Tu inteligencia es el término de la verdad? ¿tu razon es mas segura que la palabra

de Dios? Entra en tí, hombre orgulloso, y pues has reconocido que Jesucristo es Dios, adora y obedece cuanto ha dicho. Me parece que se pudiera repetir lo mismo al hombre que suponeis, y que despues de quedar convencido por las pruebas de los milagros, dejara de creer la doctrina que sostienen y confirman, fiándose solo en la mayor evidencia de las contradicciones aparentes.

Pero no me contentaré con esta respuesta. Voy á desentrañar todas las partes de vuestro raciocinio, y espero haceros ver hasta la última evidencia que todo él no es mas que un agregado de sofismas. Primer sofisma: Vos decís que la religion cristiana no puede ser verdadera, porque sus dogmas son mas evidentemente absurdos que pueden ser ciertos los hechos en que se funda, y que se debe preferir lo mas evidente á lo que es ménos. Yo digo que este principio es cierto, cuando los objetos son del mismo orden y género; pero no cuando son de orden diferente. Añado que es imposible comparar evidencias entre cosas que son de distinta especie y naturaleza.

Ved aquí por qué vuestro principio no puede tener aplicacion en este caso. Yo hablo de los hechos, y vos hablais de los misterios ó de los dogmas. Estos son por su naturaleza obscuros: no tenemos en este estado de vida órganos proporcionados para entenderlos, y así no puede caer sobre ellos la evidencia; pero sí puede y cae en

efecto sobre los hechos, como los milagros y otras cosas positivas de este género.

Así ved que vuestro raciocinio lo confunde todo, y viola las reglas mas sencillas de la lógica. Pues cuando yo os hablo de la evidencia de los hechos, me respondeis con la obscuridad de los dogmas, y quereis comparar la evidencia de los primeros con la de los segundos, no siendo posible hacer una justa comparacion entre estas dos tan diferentes especies de evidencia.

Segundo sofisma: Vos suponeis que la evidencia de la contradiccion de los dogmas es mayor que la de la verdad de las pruebas. Yo voy á probaros que todas las evidencias son iguales, y que no puede haber una mayor que otra, sobre todo entre objetos de órden diferente. Porque ¿que es evidencia? Es la percepcion ó el conocimiento claro y distinto de que una cosa es tal, y que es imposible engañarse viéndola. Por ejemplo, me es evidente que el todo es mayor que su parte, que los ángulos de un triángulo equilátero son iguales, que en un círculo las líneas rectas que salen del centro á la circunferencia deben ser iguales entre sí; y ¿por qué? Porque desde que entiendo la significacion de las palabras que anuncian estas proposiciones, me es imposible no reconocer su verdad.

Del mismo modo me es evidente que San Fernando conquistó á Sevilla, que Felipe V vino á

España, y que ahora diez años yo existia; ¿y por qué? Porque tengo de todos estos hechos una conviccion tan clara, tan fuerte, tan segura y luminosa, que cuando yo mismo hiciera los mayores esfuerzos para ocultarme su evidencia, no me fuera posible dudarlos un instante.

Ve aquí dos evidencias de un órden diferente: ¿quién se atreverá á decir que la una es mayor que la otra, sin trastornar los principios mas simples de la razon? Desde que una cosa es evidente, tiene ya toda la claridad, toda la precision y toda la luz que puede tener en su órden: si la faltara alguna cosa, dejaria de serlo; y si pudiera aumentarse, no era todo lo que debia ser. Así no es posible medir las evidencias, ménos compararlas; y es un error pretender que supuesto que una lo sea, pueda ser mayor ó menor que otra.

Si alguno me viniera á decir que tal círculo geométrico es ménos círculo que otro de la misma especie, yo le preguntaria: ¿los puntos de la circunferencia de este círculo de que hablais, estan igualmente distantes de su centro, ó lo estan desigualmente? Si me responde que su distancia es desigual, yo le diria: ¿Pues cómo le llamais círculo? ¿No veis que le falta la propiedad mas esencial? Si me responde que su distancia es igual, entónces le diré: ¿Cómo podeis decir que es ménos círculo, pues tiene el mismo carácter y las mismas propiedades que el otro? Esto es tambien

lo que responderé al que me diga que una evidencia,...

¿Pero qué, le interrumpí, una verdad no puede hacer mas impresion, ó no puede ser mejor ó mas claramente percibida? ¿No se me puede presentar con mas claridad una evidencia que otra? Sí, señor, me respondió; pero esto no depende de ellas, sino de la disposicion de vuestro espíritu, y desde que no veis un objeto con toda la claridad de su evidencia, es seguro que no la teneis.

Con todo, padre, le volví á decir, me parece que la evidencia es mas clara cuando se ve apoyada con muchas y diferentes pruebas, que cuando no tiene mas que una sola demostracion. Es imposible que no se someta mas al imperio de la verdad el que la ve en todos los puntos del objeto, que aquel que solo la percibe en la fuerza de un raciocinio. Y si no, ¿por qué los que quieren persuadir multiplican las pruebas, y fortifican las unas con las otras? ¿Por qué vos mismo me dais tantas razones para probarme la verdad de los hechos del Evangelio, sino porque conoceis que la evidencia tiene sus grados, y que una prueba puede persuadir lo que no han podido otras?

No, señor, me respondió: supuesta la evidencia, el número de pruebas no añade nada. Desde que mi razon ve la verdad con la luz de una demostracion, ya llegó al más alto punto de claridad á que pudo llegar, ya no tiene á donde su

bir. Las otras pruebas pueden tener en sí luces muy vivas, pero yo las veia ya en la primera demostracion, y no son aumento, sino reproduccion de la misma luz. Muchos caminos me pueden conducir á un término; pero aunque yo no haya llegado sino por uno solo, ¿quita eso que por otras sendas lleguen tambien otros al mismo término?

No digo por esto que no sea útil y aun necesario mostrar á los hombres las verdades con muchas y diferentes pruebas; no porque con ellas crezca su evidencia intrinseca y real, que desde que se supone no puede dejar de ser, ni puede ser mayor, sino porque los entendimientos son diferentes, y porque el que no conoce la fuerza de una razon, puede conocer la de otra; y si yo multiplico mis pruebas, no es porque yo crea aumentar su evidencia, sino por acomodarme á esta diferente disposicion de los entendimientos.

Así, decir que se debe preferir la mayor evidencia á la menor, es abusar de los términos, porque no puede haber mas ni ménos en las evidencias. Puede haber evidencia de dos verdades que parecen contrarias: entónces no queda otro arbitrio que el de conciliarlas; y cuando despues de todos sus esfuerzos la razon no alcanza á hallar esta conciliacion, reconoce su insuficiencia, y se humilla; pero no por eso puede rechazar ninguna, ni decir: Yo prefiero lo que es mas evidente, porque una evidencia no puede ser destruida por otra. Dos

evidencias no se pueden destruir; es necesario que subsistan ambas, sea que se descubra, ó no se pueda descubrir el medio de conciliarlas.

Por ejemplo, yo tengo evidencia de que soy libre: no solo la razon me lo dice; sino la experiencia, mis remordimientos, mi arrepentimiento, y todas mis sensaciones me lo persuaden. Con todo, tambien me es evidente que Dios sabe lo que tengo de hacer, pues no puedo concebir á un Dios sin la presencia infalible y absoluta de todo. Dios sabe, pues, lo que yo he de hacer, y no puede engañarse; por consiguiente, yo no puedo dejar de hacer lo que Dios ha previsto que yo haré.

Siendo esto así, como soy libre para no hacer lo que es indispensable que haga, ve aquí dos evidencias, la una de mi libertad, y la otra de la presciencia divina; y las dos parecen se contradicen. La razon humana no puede por sí sola conciliarlas. ¿Qué hará, pues? ¿Arrojará la una? ¿preferirá la que le parece mas evidente? ¿Y cómo discernirá cuál lo es? ¿Se creará un autómeta ó un agente necesario incapaz de mérito, que no seria justo castigar, pues solo se consideraria como un instrumento ciego, y sin arbitrio para no dudar de la presciencia de Dios? O por el contrario, ¿por reconocer su justicia y su bondad, dudará de su ciencia infinita?

No hará lo uno ni lo otro; se tendrá por libre, pues siente interiormente que lo es: adoraré la

presciencia divina; y si no puede conciliar lo uno con lo otro, reconocerá la limitacion de su razon; considerará que Dios no ha querido revelarnos todos sus secretos, sobre todo los que no nos son necesarios. Tendrá por cierto que esta dificultad, que á su corta capacidad parece insuperable, á los ojos de la verdad no puede serlo, y que lo que no entiende ahora, lo podrá entender algun dia: aplicad estas dos evidencias á las vuestras. Pero vamos adelante.

Tercer sofisma: Vuestro raciocinio supone los dogmas cristianos absurdos, y de esta suposicion nace toda la dificultad. ¿Pero cómo lo podréis probar? Nosotros confesamos que son oscuros é incomprensibles, que la debil razon humana no puede penetrarlos, y que no los comprenderá hasta que se los descubra el mismo que ahora se los propone para ejercicio de su fe; pero de esto á ser absurdos y contradictorios hay una inmensa distancia. ¿Qué, la razon humana lo comprende todo? ¿Y basta que ella no entienda una cosa para que sea absurda? ¿Se deben llamar contradictorias dos proposiciones solo porque ella no alcanza el modo de conciliarlas? ¿Y no será mas justo llamar superior á la razon lo que á ella misma le parece contrario?

Para poder asegurar que una proposicion es absurda, es indispensable tener un conocimiento entero y perfecto de todas las ideas que contiene;